

CAPÍTULO II

DONDE EL MÁS ASUSTADO NO ES QUIEN SE PIENSA

La parte de los informes del Gaspacho relacionada con el coronel Tres Villas, no debe dejar duda alguna acerca del fin que perseguían los ocho jinetes que hemos visto reunidos en conciliábulo en uno de los claros de los bosques del Ostuta.

Eran soldados de Arroyo que se habían lanzado en su persecución. Sin embargo, si se recuerdan las palabras del Gaspacho, entonces eran diez y no hallamos más que ocho.

Antes de dar á conocer porqué su número había disminuído en esa proporción, es preciso remontarnos al instante en que don Rafael iba á dejar el campo de batalla de Huajapam.

Cuando los cánticos de victoria proferidos por los soldados de Trujano, hubieron al fin concluído, don Rafael reflexionó que para hacer solo un viaje de treinta leguas á través de un país casi insurgente en su totalidad, debía tomar, por lo que pudiese suceder, ciertas precauciones de que dependía su seguridad.

Su uniforme bordado, su casco, todo su equipo, en una palabra, debía señalar demasiado su paso. Se hallaba por lo demás, mal armado; su larga espada de dragón se

había roto durante el combate y era urgente poner remedio á todo eso.

No podía ni siquiera intentar llegar hasta su tienda para armarse de nuevo y cambiar de vestido ni creer que no hubiese sido pillada como todas las del campo realista.

Sin embargo, don Rafael regresó con la esperanza de que el mismo campo de batalla le suministraría lo que necesitaba. No se equivocaba.

Sin aventurarse demasiado cerca de los insurgentes para correr nuevos riesgos, el coronel halló en el lugar más lejano de Huajapam, en donde Caldeas y él sostuvieron el choque contra Morelos, una espada de dos filos para reemplazar á la suya. Cambió también su casco por un sombrero de piel de uno de los insurgentes, de la copa del cual pendía un andrajo sucio con las palabras sacramentales: *¡Independencia ó muerte!* Desgarró el cintajo y se caló el sombrero.

Tomó también, en vez de su uniforme de oficial de caballería, una chaqueta de soldado de infantería y equipado así, por más que su vestimenta no dejase de ser notable por su extravagancia, después de haberse asegurado de que sus dos pistolas se hallaban en buen estado con las chimeneas listas y de que su cartuchera se hallaba bien provista, tomó de nuevo su camino lanzando resueltamente al Roncador.

No entraremos en la descripción detallada de todas las precauciones que el coronel hubo de tomar para evitarse el caer en manos de las partidas de insurgentes que batían la campiña. Sólo diremos que en tanto que le era posible, viajaba únicamente de noche.

Pero caminar de noche no es un medio completo de seguridad; y más de una vez tuvo el coronel necesidad de todo su valor y de toda su sangre fría para escapar de un mal paso.

La tarde del tercer día de su partida, ya entre dos luces, había llegado ya cerca de su finca y esperaba hallarse allí en seguridad algunos instantes después, cuando dos centinelas de la cuadrilla de Arroyo que si-

tiaba, ó mejor dicho, bloqueaba el Valle, lo percibieron y se precipitaron sobre él para prenderlo.

Arroyo había ordenado que se tratara así á todo individuo que se presentara por los alrededores de la hacienda.

Sin saber que se tratase de soldados del guerrillero á quien había jurado exterminar, don Rafael no era hombre para soportar, fuera de quien fuese, un ataque tan brusco y tan grosero. Ya se sabe cómo acogió á los agresores; sólo que el Gaspacho había disfrazado un poco la verdad en sus informes.

Uno de los dos había resultado herido del hombro tan cerca del corazón que expiró dos horas después; y en cuanto al segundo, antes de arrojarlo violentamente á tierra, el coronel tomó la precaución de hundirle su puñal en el pecho.

Por más que de aquel modo se pusiera el coronel al abrigo de la indiscreción de los dos bandidos, desgraciadamente él mismo había dado la alarma descargando una de sus pistolas; y como los asaltantes tenían orden de mantener día y noche cierto número de caballos ensillados y enfrenados, unos diez jinetes habían saltado á caballo al oír la detonación del arma de fuego.

El coronel vaciló un instante, indeciso acerca de si continuaría su camino hacia la hacienda ó si retrocedería para regresar cuando la noche se hiciera más oscura; y ese momento de incertidumbre bastó para que los jinetes que se lanzaron á caballo para perseguirlo, pudieran verlo. Uno de ellos llamado Pepe Lobos lo reconoció, no obstante la hora avanzada del día, por su silueta y su talla primero y después por los ronquidos de su caballo.

El mismo odio que Arroyo había concebido por el coronel, fué lo que le salvó la vida en esta ocasión. Algunos disparos de carabina habrían puesto término allí á sus aventuras indudablemente, si la esperanza de una gorda recompensa prometida por el feroz guerrillero á quien se lo llevara vivo, no hubiera inducido á los jinetes á correr la aventura.

Al verlos el coronel, se lanzó á la carrera con la fundada esperanza de encontrar en medio de los tupidos bosques que acababa de atravesar, un abrigo impenetrable á sus caballos.

Picó vigorosamente al suyo y ganó, con bastante delantera de los que le perseguían, el sinuoso camino de Huajapam abierto á través de la selva. Remontó ese camino; y cuando calculó encontrarse bastante lejos de quienes lo seguían, se arrojó súbitamente en medio de los árboles y no se detuvo sino hasta que le fué imposible avanzar más entre los matorrales salvajes que obstruían el paso. Entonces echó pie á tierra; y tirando de su caballo por la brida durante algún tiempo, llegó hasta un zarzal sumamente espeso en donde lo amarró.

En seguida, pensó en buscar algún escondite en donde poder descansar sin ser visto por sus enemigos, aunque continuasen persiguiéndolo. Un magnífico cedro cuyo tupido follaje lo hacía impenetrable á la vista, se erguía cerca. Resolvió subirse á él; y aunque no pudo abrazarse al tronco para llegar hasta las ramas, subió á ellas por medio de los bejucos que pendían desde la cima hasta la tierra á manera de cordaje.

El coronel se colocó lo menos mal que pudo entre dos gruesas ramas y determinó de esperar allí la aparición del día para tomar una resolución. Esperaba, ó que sus enemigos hubiesen perdido la huella y hubieran renunciado á buscarlo; ó que, para cercarlo y cortarle la retirada, se aparearían y se dividirían marchando dos á dos.

En este último caso, atrincherado tras los árboles y protegido por la maleza, confiaba mucho en su fuerza y en su valor para desesperar de batirlos en detalle.

Llegó la noche; y la luna desde lo alto de la bóveda estrellada del cielo lanzaba sus olas de luz. Algunos de sus rayos filtrándose á través del follaje espeso, producían en el escondite de don Rafael un débil resplandor semejante al crepúsculo de la tarde en los instantes en que están para apagarse sus últimos fulgores.

El coronel ponía oído atento á los más leves ruidos;

pero salvo el murmurio de la brisa entre los árboles y el aullido lejano del chacal; salvo el canto del pájaro burlador y el leve rozar de alguna iguana sobre las hojas secas, todo dormía en silencio en la selva.

El ambiente fresco y embalsamado que respiraba don Rafael, el velo de la noche que por todos lados le envolvía, aquella imponente calma que reinaba á su alrededor, todo parecía convidarle á las dulzuras del sueño. Sintió que sus párpados se hacían pesados insensiblemente y bien pronto un invencible sopor se apoderó de todo su ser.

El hombre agotado por la fatiga del cuerpo ó del espíritu, tiene necesidad del reposo; la bienhechora Providencia le envía el sueño para reparar sus fuerzas. En su bondad inefable, también lo envía á veces al condenado la noche que precede al suplicio; y es también por ella como se explica ese profundo sueño de algunos conquistadores la víspera del día en que iban á lanzar el imperio del mundo á los azares de una batalla sangrienta.

Sin hallarse exageradamente inquieto, el coronel pensaba que la prudencia exigía que se mantuviese despierto. Largo tiempo luchó contra el sueño; pero en vano. El sueño fué más fuerte. Entonces arrolló alrededor de su cuerpo y de una rama del árbol, el largo cinturón de seda que aún hoy día llevan en su país los oficiales de su mismo grado, banda que había tenido cuidado de conservar escondiéndola bajo la chaqueta. Apenas se había puesto así, previniéndose contra el riesgo de una caída, cuando se durmió profundamente en la cima del árbol.

La mayor parte de los hombres enganchados al servicio de Arroyo, eran gentes del campo, hechas por consiguiente á distinguir en el suelo toda clase de huellas; y si no hubiera sido de noche, no habrían pasado sin advertir el lugar en que el coronel dejara de repente el camino para internarse entre el bosque. Pero al incierto fulgor de la luna que apenas iluminaba el camino á tra-

vés de los intersticios que dejaban las hojas, la persona del coronel y la huella de los cascos de su caballo, se hicieron invisibles.

Hicieron instintivamente alto á una gran distancia de los primeros árboles tras los cuales había desaparecido don Rafael. Internarse todos á la vez en el bosque, habría sido desprenderse de toda probabilidad de hallar al que perseguían; y como lo había previsto el coronel, se dividieron buscando dos á dos. Se designaron la línea que debían explorar, y después de convenir en reunirse al cabo de algunas horas en el punto cercano al camino en donde acababan de apearse, se separaron para principiar la batida.

Aunque usando de mucha prudencia por temor de la terrible reputación de que gozaba el coronel, tomaron á conciencia en un principio su tarea; pero poco á poco, cuando el primer ardor se hubo calmado algo, una misma idea se presentó á sus espíritus casi al mismo tiempo. Todos habían visto con qué formidable facilidad se había defendido el coronel de dos de ellos; y pensaron que habían errado grandemente al debilitarse dividiéndose. Sin embargo, como no podían pensar en volver inmediatamente al lugar designado para reunirse antes de que transcurriese un lapso de tiempo suficiente para salvar las apariencias, continuaron sus investigaciones pero con mucho descuido.

— ¡Caramba! ¡qué hermosa luna! dijo Pepe Lobos á su compañero — esto me hace pensar...

— ¿Que el coronel fácilmente nos podría ver? — interrumpió su compañero.

— ¡Ah, bah! Ese diablo de hombre es inencontrable; y pienso en que como está claro como la luz del día, bien podrías enseñarme lo que me has prometido desde hace tiempo, es decir: el modo de arreglar la carta para ganar un albur. Tengo precisamente en la bolsa un naípe enteramente nuevo.

— Eso es más fácil con un naípe viejo; pero como quiero complacerte y como tú dices muy atinadamente,

ese coronel del diablo es inencontrable, voy á darte gusto, pero sólo por un momento.

— Sin duda, el tiempo de barajar las cartas.

Los dos insurgentes se sentaron sobre la hierba en un lugar que la luna iluminaba plenamente. Pepe Lobos sacó su juego de naipes del bolsillo y la lección principió. Prolongóse de tal manera por el entusiasmo del maestro y la docilidad del discípulo, que el coronel tuvo tiempo de soñar cuanto plugo á su imaginación, antes de que aquéllos pensasen en interrumpirlo.

Ya, desde hacía rato, otros dos perseguidores usaban con don Rafael, de una cortesía semejante.

— Suárez — había dicho el primero de éstos al segundo — ¿no son en realidad quinientos pesos lo que promete el capitán á quien le entregue vivo al coronel?

— Sí, quinientos pesos, que es una buena cantidad.

— ¿Y ha prometido algo el capitán en el caso de que sólo se le rompa una pierna ó un brazo sin lograr atraparlo?

— Nada que yo sepa. Sin embargo, si se le llevara un certificado en regla...

— ¿Del coronel?

— Claro.

— Oye, amigo Suárez — tú tienes familia y yo soy un muchacho y creería hacerte un daño arrebatándote la ocasión de ganar quinientos pesos. Te dejo como buenos amigos, la oportunidad á ti solo de coger á ese coronel de Satanás que tira por tierra á un jinete como si fuera un cabritillo de seis semanas; ó por lo menos, de obtener de él un certificado auténtico.

A estas palabras, el bandido se tendió sobre la hierba.

— Hace dos noches que no duermo — agregó — me caigo de sueño; cuando hayas cogido al coronel, me vienes á despertar. Sobre todo, no dejes de venir porque si no, dormiré hasta el otro día.

— ¡Poltrón! — respondió Suárez — voy á ganarme solo yo la suma.

No había aún desaparecido Suárez cuando ya roncaba su compañero.

Así pues, de diez hombres, tres habían renunciado á perseguir á don Rafael, mientras que el diálogo siguiente se entablaba en otro lugar entre otros dos:

— ¡Demonio! ¡qué enfadosa está la luna con su claridad! — decía el primero renegando, muy al contrario de Pepe Lobos que hallaba aquella claridad propicia para jugar á las cartas. ¡Ese condenado coronel seguramente que nos va á advertir!

— El hecho es — respondió el segundo — que eso sería enojoso, porque se internaría á nuestra aproximación.

— ¡Hum! Yo no sé nada de eso; pero no tiene cara de huir. ¿Ha visto Ud. con qué fuerza arrancó de su silla á Panchito Jolás?

— He sufrido algunas caídas de caballo y no me he hecho daño; pero tiemblo al pensar en la del pobre Jolás. ¡Ave Maria! ¿No ha oído Ud. nada?

Los dos bandidos aguzaron el oído, mucho más asustados que don Rafael que continuaba durmiendo sobre su árbol.

No fué, sin embargo, sino una falsa alarma; pero los dos acababan de demostrar tan cándidamente el terror que les inspiraba el formidable coronel, que, una vez arrancada la careta bajo la cual trataban de engañarse el uno al otro, convinieron, sin falsa vergüenza, en volver prudentemente al punto designado para reunirse, en donde ya no corrían el riesgo de encontrar al que buscaban.

Los otros cuatro continuaron sus investigaciones con tanta flojedad, á causa del miedo bien justificado que les inspiraba la bravura y el vigor atlético de don Rafael, que, tres ó cuatro horas después, de los diez jinetes, ocho se hallaban en el punto de reunión en donde los vimos en el capítulo precedente sin haber sido más felices en su empresa, los unos que los otros.

En cuanto á los otros dos que faltaban, el motivo de su ausencia era muy sencillo.

Después que Suárez se decidió á ganar solo él la recompensa prometida, se puso á pensar juiciosamente que puesto que su compañero más joven que él cuidaba tanto de su existencia, él, que era padre de familia, debía ser más cuidadoso aún de la suya propia.

Feliz de haber hecho alarde de su valor sin que le costase nada, Suárez se acostó á cien pasos más allá para pensar tranquilamente en su mujer, cuyo mal humor se congratulaba de no tener que sufrir aquella noche, sobre su cama de musgo.

Se prometió ir más tarde á despertar á su compañero, reprochándole su cobardía.

Desgraciadamente no contaba con el huésped, el sueño que fué á visitarle, sueño tan profundo como el de su camarada.

Ambos se durmieron pues, á pierna suelta, según el proverbio español, mientras que los ocho restantes, después de esperar inútilmente su llegada, entablaron una deliberación que los acontecimientos debían hacer más seria.

La luna se había ocultado hacia rato, de modo que el grupo de los bandidos se hallaba en la obscuridad. Sus vestidos usados, ensuciados en los vivaques, su apariencia medio militar y medio campesina, así como sus rostros siniestros, presentaban al fulgor del crepúsculo un aspecto á la vez espantoso y pintoresco.

Mientras que á su alrededor diez caballos engañaban su hambre desgarrando las hojas de los arbustos contra las cuales resonaba con ruido de ferralla el freno que les impedía masticar su raquítica pastura, los ocho jinetes, con la cartuchera al cinto, la carabina sobre las rodillas y la daga en la bota, oían lo que decía Pepe Lobos.

— Suárez y Pacheco jamás regresarán — decía. Es evidente que el coronel de Belcebú los habrá matado á puñaladas ó los habrá aplastado sin ruido, como al pobre Panchito Jolás; y aunque hayamos batido el bosque toda la noche sin encontrar nada...

— Lo hemos batido con encarnizamiento — interrump-

pió uno de los dos insurgentes que habían experimentado tanto miedo de encontrar al coronel.

— Lo mismo hemos hecho nosotros, caramba! — replicó Pepe Lobos. — Pregunte Ud. á mi compañero. Y sin embargo, por más que haya escapado á nuestras activas investigaciones, la ausencia de dos de los nuestros nos prueba evidentemente que el rabioso coronel no se ha ido del bosque en que se ocultó. Cuando venga el día, iremos á examinar las huellas de su caballo y entonces sabremos con seguridad cuál es el lugar en que dejó el camino. ¿No es esta la opinión de todos?

El asentimiento general respondió á la pregunta de Pepe Lobos.

— Ahora — continuó — la venganza ante todo; y al diablo la prima de quinientos pesos á quien lleve vivo al coronel. ¡Lo llevaremos muerto, tanto peor!

— Quizás el capitán acuerde la mitad del premio — dijo uno de los bandidos.

— Cuando sepamos exactamente el lugar en que salió del camino para esconderse, nos dividiremos en dos bandas, esta vez de cuatro hombres: la primera bajará del camino hacia el Ostuta; la segunda subirá del Ostuta al camino atravesando el bosque. Cogemos al hombre entre nosotros; y el primero que lo vea, hará fuego sobre él como sobre un perro con rabia, y con tal que le quede un soplo de vida, ganaremos el premio.

El consejo de Pepe Lobos encontró unánime aprobación; y se convino en que, al rayar el día, todos juntos irían á estudiar el terreno para encontrar las últimas huellas impresas de los cascos del caballo de don Rafael.

La salida del sol se hizo esperar menos que el regreso de Suárez y Pacheco que seguían durmiendo; y apenas sus primeros rayos doraban las copas de las más altas palmeras, cuando los ocho bandidos diseminados en el camino que conducía de Huajapam al vado del Ostuta, trataban de distinguir en el suelo, entre las huellas de sus caballos, las que imprimiera el de don Rafael.

Aquello no era fácil: pisado y amasado el terreno por

los cascos de once caballos lanzados á toda carrera algunas horas antes, no presentaba sino vestigios informes. Nunca un europeo habría emprendido la tarea de reconocer las huellas particulares de un caballo confundidas con tantas otras. Para los vaqueros mexicanos, los gauchos argentinos ó los campesinos de cualquiera otra parte de América, aquello era nada más que asunto de paciencia.

Menos de una hora bastó en efecto á Pepe Lobos que exploraba lo alto del camino para encontrar lo que buscaba; llamó á sus compañeros para mostrarles lo que acababa de descubrir.

En medio de las huellas entre las cuales cada cual reconoció las de su caballo, una desgarradura diagonal hundida en la tierra, un tallo de hierba aplastado en la línea de verdura que costeaba el sendero y una rama de sasafrás rota á la altura del hombro de un jinete en la orilla del bosque, no dejaron duda alguna á los bandidos de que había sido precisamente en aquel lugar en donde el coronel se había lanzado al abrigo de los árboles.

En aquel mismo instante atravesaba el vado del río, el destacamento enviado por Arroyo en busca de los dos fugitivos; algunos minutos después echaba pie á tierra en la ribera izquierda; pero luego, al distinguir cuatro jinetes que desembocaban del camino del bosque á la orilla del Ostuta, el destacamento se detuvo.

Aquellos cuatro jinetes eran los que debían, según el consejo de Pepe Lobos, seguir á través del bosque, la pista del coronel desde el río hasta el camino de Huajapam.

Los dos destacamentos se reconocieron sin vacilar; sin embargo, el jefe que mandaba al primero que llegó, viejo soldado nativo de Nuevo México, en donde combatió durante mucho tiempo á los indios salvajes y que conocía todas las astucias de la guerra, juzgó prudente cambiar la palabra de orden común entre los hombres de la guerrilla de Arroyo. Cuando ya no le quedó duda, se

hizo explicar por los recién llegados el por qué batían el bosque á esa hora matinal, en vez de hallarse alrededor de la hacienda del Valle.

— ¡Ah, dijo — el coronel Tres Villas! — Tres fugitivos en vez de dos! La jornada será buena.

El viejo furriel aprobó la táctica de Pepe Lobos y formó un tercer destacamento de cinco de sus jinetes que debían internarse en el bosque en distinta dirección, mientras que él mismo con los cinco hombres que le quedaban se encargaría de avanzar en sentido contrario al de los otros tres destacamentos.

Desde aquel momento, los bandidos tuvieron un jefe y un jefe tan hábil como intrépido, que les dió instrucciones precisas y reanimó en ellos el valor que, como se ha visto, los había abandonado completamente.

Sin embargo, se sostuvo la orden de matar al coronel á distancia si se hacía demasiado peligroso aproximarse. Unicamente los otros dos fugitivos, según las órdenes de Arroyo, debían ser cogidos vivos.

Desde aquel instante, la situación de don Rafael se hizo espantosa. El menor de los peligros que corría era el de morir combatiendo, si, por desgracia, no caía vivo entre las manos de implacables enemigos.

Cuando el viejo Rufino, este era su sobrenombre de guerra, acababa de dar sus disposiciones, don Rafael despertó. Sus ojos se deslumbraron un momento por el brillo del sol; y se preguntaba en dónde estaba, cuando advirtió que dos hombres avanzaban con precaución.